



Ensayo

TRANSFORMACIONES NEOCOLONIALES EN EL ALTO VALLE DEL RIO NEGRO

Resumen

El presente trabajo busca problematizar y reflexionar sobre los cambios profundos que experimenta el territorio rural del Alto Valle de Río Negro. La decadencia de la fruticultura como economía central va dejando fuera del sistema a pequeños productores y trabajadores rurales (entre otros actores), al mismo tiempo que el suelo productivo se fragmenta y destina a otros usos no productivos (urbanización) o usos extractivos (*fracking*). En el mejor de los casos, los montes frutales son reemplazados por otras producciones agropecuarias con escaso valor agregado como pasturas o producción animal. Estas transformaciones traen aparejado cambios sociales, ambientales y económicos que están repercutiendo de forma negativa en el territorio.

En la zona rural de Allen (centro del Alto Valle), avanza la extracción de gas y petróleo sin evaluación de impacto ambiental ni debate previo. La incompatibilidad de actividades se visualiza en la pérdida creciente de suelo productivo y la proliferación de chacras abandonadas, riesgos sanitarios en la fruta por contaminación lumínica y fragmentación del espacio; dificultades para sostener el mantenimiento del sistema de riego; los estándares de exportación pueden cambiar y ser rechazada la fruta; además de riesgos elevados de contaminación de napas y aguas superficiales (Rodil 2015).

El suelo productivo, así como la infraestructura y capital social asociado a la fruticultura debería ser preservado a través de la generación de una política pública. La sociedad del Alto Valle se desarrolló alrededor de la cultura rural y el impacto que puede producir la instalación de una economía extractiva puede ser muy elevado. Se trata de decisiones que pueden transformar de manera irreversible el territorio, y deberían ser debatidas y plebiscitadas. La “crisis frutícola” no justifica el cambio de uso del suelo rural, por el contrario representa una oportunidad para debatir un nuevo modelo basado en la soberanía alimentaria, la agricultura familiar, la agroecología y el buen vivir.

Palabras claves: transformaciones territoriales, extractivismo y neocolonialismo.

Introducción

En las últimas décadas, se experimentan en el Alto Valle del Río Negro, transformaciones territoriales con matices neocoloniales. A la decadencia de la fruticultura como economía central, la suceden prácticas extractivas como el *fracking* y de corte netamente especulativas como los barrios privados. Todo esto produce tensiones en el uso de la tierra que derivan en cambios sociales, ambientales y económicos, con repercusiones negativas en el territorio. En el presente trabajo se busca problematizar este conflicto, referenciándolo con otras regiones latinoamericanas, para ensayar alternativas de solución que beneficien al pueblo trabajador, en armonía con el ambiente y la cultura regional.

¿A quién beneficia un modelo extractivo que destruye el ecosistema, expulsa a miles de pequeños productores y enferma a los ciudadanos? ¿Por qué sólo una minoría de los ciudadanos reacciona ante estas transformaciones territoriales? ¿Cuál es el modelo de desarrollo más adecuado, que satisfaga las

necesidades del pueblo trabajador, sin destruir las riquezas naturales? Son algunas de las preguntas que orientan el presente ensayo, así como la siguiente hipótesis: Empresas transnacionales, con la complicidad del Estado, obtienen renta extraordinaria a partir del saqueo de las riquezas naturales, la explotación laboral y el usufructo de los bienes comunes y la infraestructura regional, dejando una población empobrecida, un sistema productivo destruido y un ecosistema contaminado.

Frente a este panorama, es posible revertir los procesos destructivos, sin caer en la desesperanza. Son muchas las comunidades que están cambiando de manera positiva su territorio con participación y resistencia a través de las organizaciones ciudadanas. En la última parte de este trabajo se presentan algunas alternativas.

Problemática regional. Crisis, loteos y petróleo

La región del Alto Valle de Río Negro vive el ocaso de su economía frutícola. Los datos predominantes son tres: la caída de la producción, la expulsión y desaparición de actores económicos y el progresivo abandono de la actividad principal en favor de otras tareas agrícolas de menor valor agregado, como la ganadería o la producción de forrajes, o directamente extractivas, como los hidrocarburos. Como suele suceder en economía, el ocaso presenta siempre resultados heterogéneos: mientras unas pocas grandes empresas absorbieron chacras y se enriquecieron, miles de productores vendieron, alquilaron o lotearon sus tierras. Se trató de un proceso de concentración “viciosa”, es decir; a costa de los sectores más débiles y en el marco de un circuito cuya producción perdió calidad y se achicó (Página 12 2/2/16).

Cuando lo que comercializa el productor primario de una economía regional es un producto perecedero se genera una dependencia con los propietarios de activos estratégicos, plantas de empaque y frigoríficos, que se traduce en una situación de “oligopsonio”: una condición de mercado en la que existen unos pocos compradores para una multitud de oferentes. El resultado es una diferencia de poder en el momento de la comercialización. El precio recibido es el resultado de esta asimetría de poder, que nada tiene que ver con aranceles y tipo de cambio; mejoras que son apropiadas íntegramente por el capital exportador sin el menor derrame (Página 12 2/2/16).

La destrucción del complejo frutícola es aprovechada por otras multinacionales que persiguen la renta extraordinaria. Desde el 2013 se experimenta un avance acelerado de la extracción de gas, con 186 pozos, según fuentes oficiales en la EFO (Estación Fernandez Oro), sobre la zona rural de Allen, la ciudad productora de manzanas (2971 hectáreas) y peras (3200 hectáreas) más importante del país (Anuario de SENASA, 2015), con una infraestructura de frío y empaque de 29 unidades, una población rural que supera las 2000 personas (entre los barrios Costa Oeste, Costa Este, La Pasarela y los asentamientos de calle ciega 10 y calle 14), más los propios productores y trabajadores rurales (Rodil 2015).

Imágenes Nº 1 y 2: Yacimiento Estación Fernandez Oro (Allen, Rio Negro)



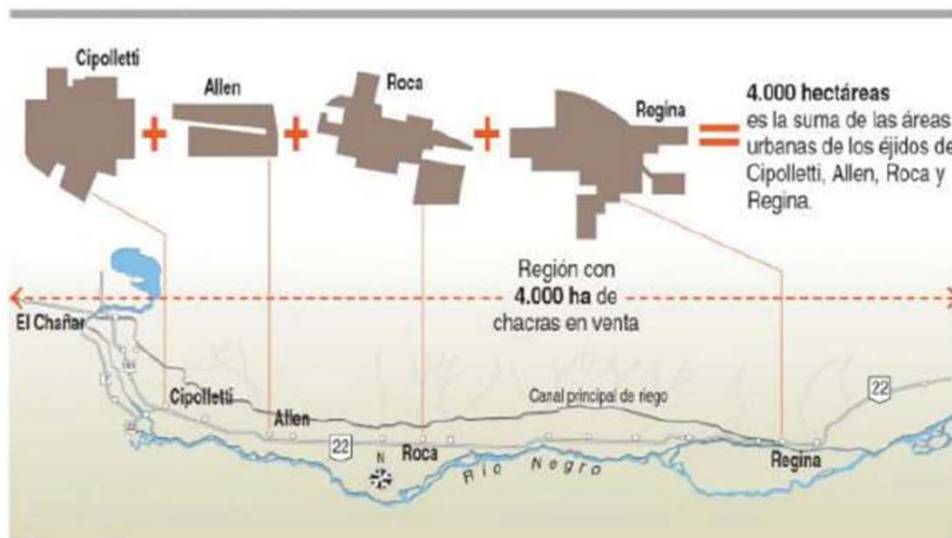
Fuente: Elaboración propia.

La explotación petrolera en medio de las chacras, trajo consigo numerosas consecuencias no esperadas. A pesar que diferentes voces del gobierno municipal, provincial y nacional aseguraron la compatibilidad con la fruticultura, en la zona de Allen ya se perdieron 66 hectáreas de forma directa y se observa un importante número de chacras en estado de abandono. También se registró en estos últimos años derrames de crudo, roturas de caños de agua, explosiones e incendios, contaminación del agua, rajaduras de casas por tránsito de maquinaria pesada, entre otras afectaciones a las personas que habitan y trabajan en la zona rural (Rodil 2015).

La actividad hidrocarburífera y su relación con la fruticultura y las zonas pobladas no se encuentra regulada adecuadamente. La misma ciudad de Allen está dentro del Yacimiento, de hecho se frenaron intentos de perforación muy cercanos a la zona urbana, uno de ellos a 200 metros del hospital local. Estos trastornos tampoco son “recompensados” con regalías acordes ni generación de puestos de trabajo, que son las promesas principales. La fiscalización de las operaciones hidrocarburíferas también esta puesta en duda y los pedidos de informe no suelen ser respondidos, al extremo de desobedecer un fallo de la Corte Suprema de Justicia¹.

“Las nuevas problemáticas vinculadas con el cambio de uso de tierras productivas en el Alto Valle de Río Negro están reconfigurando el territorio. De esta manera, se hacen visibles nuevos escenarios, nuevos usos del suelo, nuevos actores y/o nuevas estrategias. La lógica del capital volcado al mercado inmobiliario se hace presente en los territorios y la presión de lo urbano sobre lo rural de la mano de un cambio en los modos de producción, atentan contra la supervivencia de los actores tradicionales de la producción frutícola de la región, que ante la ausencia de políticas públicas que atenúen, gestiones y/o regulen estos cambios, se encuentran imposibilitados de adaptarse a los nuevos términos” (Catoira 2015).

Gráfico N°1. Por la crisis de la fruticultura hay 4.000 ha en venta en la región



Fuente: Diario Río Negro (13/07/15)

Estas fuertes transformaciones en los territorios deben ser observadas y atendidas por instrumentos de políticas públicas que aseguren la sostenibilidad de las poblaciones en términos económicos, ambientales, sociales y culturales, asegura la socióloga Patricia Catoira (2015). “En el plano local, al menos, el incremento de loteos urbanos sobre tierras productivas tiene dentro de sus principales efectos

¹ En septiembre de 2013 el entonces Senador Ruben Giustiniani presentó un recurso de amparo solicitando información sobre los alcances del contrato YPF – Chevron, apelando al decreto 1172/03 de Acceso a la Información Pública. Tras la negativa de la empresa, Giustiniani decidió recurrir a la Corte Suprema de Justicia de la Nación y en noviembre de 2015 la Corte resolvió a favor, pero la empresa continua desobedeciendo la ley.

la pérdida de suelo productivo; serios inconvenientes en la infraestructura de riego y manejo del agua; debilidad en el autoabastecimiento alimentario (seguridad y soberanía alimentaria); pérdidas de empleo y de generación de producto bruto regional; perjuicios para las producciones lindantes a loteos en torno a restricciones de ruidos, uso de agroquímicos, defensa contra heladas; contaminación derivada de la infraestructura de tipo urbana en medio de área agrícola (ej: uso del agua, producción de basura); además del tipo configuración urbana en expansión basado en emprendimientos urbanos exclusivos (barrios cerrados, *countries*)” (Catoira 2015).

Esta competencia/tensión por el uso del espacio rural, por incidencia de nuevas actividades no agropecuarias en áreas rurales, presiona sobre las tierras sistematizadas para la agricultura. Como consecuencia de la “crisis frutícola”, el cambio de uso y el avance de la frontera extractiva, el territorio productivo se repliega y se fragmenta, dando lugar a prácticas incompatibles con las agropecuarias, con la consecuente pérdida de suelo productivo, de productores y de puestos de trabajo.

A modo de marco teórico

Se presenta a continuación un breve análisis del proceso histórico que fue moldeando el intervencionismo transnacional en Latinoamérica y el país. También se definen conceptos que se consideran centrales para entender la complejidad de estos procesos.

Neoliberalismo y globalización

A finales del año 1972 el por entonces presidente chileno, Salvador Allende, denunciaba en las Naciones Unidas la falta de control de los estados sobre las empresas multinacionales. Decía que *“Estamos frente a un verdadero conflicto frontal sobre las grandes corporaciones transnacionales y los estados. Estos aparecen interferidos en sus decisiones fundamentales, políticas, económicas y militares, por organizaciones globales que no dependen de ningún estado y que en la suma de sus actividades no responden y no están fiscalizadas por ningún parlamento, y por ninguna organización representativa del interés colectivo”*. Aún faltaban un par de años para que el gurú ultraliberal Milton Friedman, asesorara a la dictadura de Augusto Pinochet. Todavía debían pasar más de quince años para que el paquete de reformas neoliberales del “Consenso de Washington”, impulsadas por el Fondo Monetario Internacional, cayeran como una guillotina sobre el pueblo latinoamericano. Carlos Menem en Argentina y Alberto Fujimori en Perú, hijos predilectos de la Escuela de Chicago, tuvieron la triste tarea de empujar la pobreza a índices escalofriantes (biodiversidadla.org 24/6/16).

“El proceso mundial a que ingresamos a partir de la década de los ochenta, y que se ha dado en llamar de globalización, se caracteriza por la superación progresiva de las fronteras nacionales en el marco del mercado mundial, en lo que se refiere a las estructuras de producción, circulación y consumo de bienes y servicios, así como por alterar la geografía política y las relaciones internacionales, la organización social, las escalas de valores y las configuraciones ideológicas propias de cada país” (Marini 2008).

Desde 1989, en consonancia con una fase de expansión capitalista a nivel mundial caracterizada por la mundialización de las relaciones capitalistas, se ha venido desarrollando y profundizando una estrategia de acumulación impulsada por la exportación de productos industriales de bajo valor agregado (Piva 2015).

El neoliberalismo fue un proyecto político que intento restablecer el poder y los ingresos de las clases dominantes a escala global, con una expresión particular en América Latina, mediante dictaduras militares con total apoyo de capitales transnacionales. Este proceso se caracterizó por una reconversión económica, que implicó la mercantilización de los espacios comunes y la penetración del capital en espacios de producción antes controlados por el Estado (petróleo, agua potable, electricidad, gas, etc). En segunda instancia, se tornaba clave para las exigencias competitivas del capital, la rearticulación de las relaciones laborales a los fines de conformar una nueva fuerza de trabajo adaptada. Así surgen nuevas leyes laborales que terminan de desarticular las formas de lucha históricas del movimiento obrero (Svampa 2005 en Lopez 2012).

En tercer lugar, la nueva división internacional del trabajo y la mayor velocidad de rotación del capital, condujo a consolidar en Argentina un patrón productivo transnacionalizado, concentrado y orientado crecientemente hacia la exportación de *commodities* y manufacturas de origen agropecuario. Por último,

esta nueva estructura de los sectores dominantes y la desarticulación de la fuerza de trabajo y su capacidad de resistencia tuvieron como resultado un patrón de distribución de los ingresos entre clases crecientemente a favor de las dominantes (Lopez 2012).

Los años del neoliberalismo permitieron impulsar en Argentina una nueva estrategia de inserción internacional. Las transformaciones en el conjunto del capital a escala global reubicaron al país como una plataforma exportadora de mercancías agropecuarias y minerales. A través de 30 años de neoliberalismo y con más ímpetu a partir de los años noventa, se produjo una profunda transformación en la producción agropecuaria que condujo al desarrollo sin par de la agricultura transgénica y en particular de la soja y sus manufacturas derivadas (grano, harinas, aceites). La reforma constitucional de 1994, que transfirió a las provincias el control de las riquezas naturales del subsuelo, creó el espacio jurídico para impulsar la transformación de la Argentina en una prometedora potencia minera, en particular en la minería del oro (Féiz 2014).

La acumulación originaria (Harvey) por desposesión fue un proceso violento que en América Latina vivimos con la colonización y que se repite ahora con el extractivismo, generando altos costos socioambientales que paga la población residente, asegurando de esta manera, renta extraordinaria al capital transnacional. En la sociedad capitalista todo tiene precio y la fuerza de trabajo no queda afuera de esa ecuación. De esta forma el capitalismo se construye bajo conflictividad permanente, es un sistema perverso: se produce para ganar dinero no para satisfacer necesidades. Qué se produce es irrelevante para el capitalista, lo importante es su rentabilidad y la posibilidad de acumular ganancias. Hemos naturalizado un modelo que nos enferma y nos mata, mientras reproducimos modelos neocolonialistas.

Neodesarrollismo y neoextractivismo

La última década ha iniciado para América del Sur un proceso de cambios novedoso con grandes continuidades. El principal rasgo ha sido la consolidación de patrones de desarrollo neodesarrollistas vinculados a procesos de extracción de las riquezas naturales y apropiación de renta extraordinaria (neoextractivismo) bajo distintas modalidades. El caso argentino es paradigmático al respecto (Féiz 2014).

La salida de la crisis del 2001, requería una perspectiva anti-liberal aunque debía también montarse sobre las bases materiales establecidas por el modo de desarrollo precedente. De esta manera, el nuevo modo de desarrollo posneoliberal que comenzaba a emerger, se construyó sobre la base de: el carácter dominante del gran capital transnacional, la consolidación de la posición periférica del capital local a través de la preeminencia de la estrategia del saqueo de las riquezas naturales y la producción de manufacturas agropecuarias, y la generalización de la precarización y la super-explotación estructural de la fuerza de trabajo (Féiz y López 2010 En López 2012).

La legislación que permitió el proceso aperturista, desregulador y privatizador de los años noventa no sólo no fue revisada en el marco del "modelo del dólar alto", sino que se mantuvo y permitió la profundización de esos fenómenos en todas las áreas vinculadas a los recursos naturales. Por ejemplo, la producción y comercialización de oleaginosas, el sector de los hidrocarburos y la minería representan tres espacios privilegiados para la acumulación de capital para un puñado de grandes empresas y grupos económicos que distinguen un tipo de crecimiento económico que consolida los rasgos regresivos de la estructura socioeconómica vigente, en la que el Estado juega (por acción u omisión) un rol fundamental para su sostenimiento (Ortiz y Schorr 2007).

El neoliberalismo legó a la región un espacio en el mercado mundial como fuente de tierra fértil, alimentos, minerales e hidrocarburos. Los nuevos Estados desarrollistas buscaron canalizar, de forma efectiva, la nueva posición de las distintas naciones como proveedoras de riquezas naturales. La combinación de nuevo Estado desarrollista con esta renovada posición de oferente mundial de materias primas compone la clave estructural de lo que, los autores denominan neodesarrollismo (Féiz y López 2012; Féiz 2012).

Si bien el auge del extractivismo se inicia en la era neoliberal, el neodesarrollismo contribuyó a su consolidación. Desde 2003 en adelante, tanto la producción de soja, minerales (oro) e hidrocarburos se conformaron en las principales fuentes de divisas y renta extraordinaria, pues prácticamente la totalidad de lo producido se destinó al mercado internacional.

La burguesía nacional construida en el discurso político de la década kirchnerista parecía carecer de bases objetivas, dada la profundización de los procesos de extranjerización que presenta la economía argentina. Entre las 500 empresas más grandes, aquellas con más del 50% de participación extranjera pasaron de apropiarse el 35% de las utilidades totales en 1993 al 90% en 2005. A su vez, la vulnerabilidad externa del modelo queda ligada a las oscilaciones de los precios de los *commodities*. Aquí aparece la cuestión de los recursos naturales, que ocupan un lugar clave en el modelo y se encuentran extranjerizados y depredados por lógicas que privilegian la consecución de máxima ganancia en el corto plazo por sobre la preservación de los recursos (Varesi 2013).

Luego de la devaluación del 2002 las firmas petroleras y gasíferas obtuvieron ganancias extraordinarias gracias a la exportación de estos recursos, y a que el nivel de las retenciones aplicadas fue muy bajo, convirtiéndose en las empresas que más exportaron (solo Repsol-YPF pasó de un promedio anual de rentabilidad operática de 26% en el periodo 1998-2001 a 40% en el periodo 2002-2006). En suma, las falencias regulatorias (bajas regalías por la explotación de los hidrocarburos, entrega del manejo del comercio exterior al oligopolio petrolero, falta de control de las reservas por parte del Estado, inexistencia de sanciones ante el incumplimiento de la normativa sectorial) y la decisión política de no modificar este escenario han determinado que el manejo de los recursos naturales no renovables quede a cargo de un grupo de firmas que operan prácticamente sin rendir cuentas de sus acciones y obtienen ganancias extraordinarias, por lejos las más altas de la economía argentina en la post-convertibilidad (Ortiz y Schorr 2007).

Los ciclos del capital y el rol del Estado

Si bien los 2000 serán recordados por lo mucho que se hizo en materia de redistribución del ingreso, los resultados en términos de transformación real de la estructura productiva fueron entre escasos y nulos. “En el mundo dominado por el capitalismo, los problemas de estancamiento y desempleo a escala mundial empeoran con el tiempo. Como estos problemas emanan de la propia acumulación capitalista y no de la competencia insuficiente ni de los salarios excesivos, no pueden solucionarse sencillamente mediante la intervención del Estado, por muy progresistas que sean sus intenciones” (Shaikh 2006). “Cada crisis precipita la destrucción al por mayor de los capitales más débiles y los ataques intensificados contra los trabajadores. Esos son los mecanismos naturales del sistema para recuperarse. ... En consecuencia, aunque las contradicciones empeoran con el tiempo, no habrá crisis final hasta que los trabajadores adquieran suficiente conciencia de clase y se organicen para derribar el sistema mismo” (Cohen 1978 En Shaikh 2006).

Por su parte, Briones (1988) reivindica el rol del Estado como único protagonista de la realidad social que puede actuar en nombre de toda la sociedad asumiendo la representación del conjunto (Briones 1988 En Cantamutto 2012). De otra forma, la ciencia económica neoclásica analiza la economía como un mercado dado, con individuos sin pertenencia grupal alguna, donde el Estado aparece siempre como un agregado ad hoc que interfiere.

En cambio, Gramsci (Thwaites Rey 1994) concibe al Estado no como mero instrumento de la clase dominante, que lo toma y lo usa como tal, sino como el lugar donde la clase dominante se unifica y constituye para materializar su dominación no solamente mediante la fuerza, sino por una complejidad de mecanismos que garantizan el consentimiento de las clases subalternas.

Para Gramsci la solución es la destrucción del aparato de Estado y de las relaciones sociales que le dan sustento. Está convencido que solo la destrucción del viejo Estado Burgués puede hacer nacer el nuevo Estado Proletario, originado en la experiencia asociativa de la clase proletaria, y sustitución del estado democrático – parlamentario (Thwaites Rey 1994).

A su vez, la supremacía de la burguesía en el capitalismo desarrollado no se debe únicamente a la existencia de un aparato de coerción (Estado en sentido restringido), sino que logra mantener su poder mediante una compleja red de instituciones y organismos que en el seno de la sociedad civil que, además de organizar/expressar su propia unidad como clase, organizan el consenso de las clases subalternas, para la reproducción del sistema de dominación. La supremacía es algo más que la mera disposición de los aparatos represivos del Estado, y se expresa en formas que exceden los límites del Estado en sentido restringido, para abarcar al conjunto de la sociedad civil (Thwaites Rey 1994).

Lo que con mayor énfasis quiere destacar Gramsci es que la clase dominante ejerce su poder no solo por medio de la coacción, sino además porque logra imponer su visión del mundo, una filosofía, una moral, costumbres, un sentido común, que favorecen el reconocimiento de su dominación por las clases dominadas (Thwaites Rey 1994).

En otro pasaje Gramsci destaca como uno de los logros históricos de la burguesía ha sido imponer, a través del Estado, una “voluntad del conformismo” en las masas basada en la aceptación de la función que a aquella le cabe como clase respecto al conjunto de la sociedad, y a la percepción que ella tiene de sí misma. De esta manera, queda en evidencia que la burguesía logra asentarse como clase “dirigente” y no sólo dominante, en la medida en que sus intereses logran expresarse materialmente como los intereses de la sociedad concebida como un todo (Thwaites Rey 1994). De esta forma se explica, en parte, que un modelo extractivo neocolonialista logre instalarse en la sociedad argentina, sin mayores resistencias sociales.

Renta extraordinaria y la maldición de los recursos naturales

La consecuencia inmediata de los proyectos neodesarrollistas que buscan resolver productivamente el dilema provocado por el peso de la producción primaria para la exportación, es la llamada “maldición de los recursos naturales”. Este problema surge porque la abundancia de riquezas naturales a bajos costos de extracción –convertidas en recursos naturales a través de su mercantilización- provoca la aparición de una rentabilidad extraordinaria al momento de su exportación. Esa rentabilidad excedente en la producción primaria tiende a desviar recursos de inversión desde las actividades industriales que en general sólo obtienen una rentabilidad promedio. Asimismo, la alta competitividad (bajos costos / alta rentabilidad) de la producción primaria para la exportación genera un ingreso excesivo de divisas internacionales, lo cual presiona sobre el tipo de cambio, abaratándolo y desprotegiendo a la industria manufacturera (Féiz 2014).

Los últimos lustros han sido para la región una etapa de apropiación excepcional de renta extraordinaria. Este es el resultado conjunto de un salto en los términos del intercambio (precios de las exportaciones de la región versus precios de las importaciones de productos extra-regionales) y una profundización del saqueo de la naturaleza para la producción primaria. El resultado es que los capitales industriales locales que compiten con los foráneos (en tanto exportadores o importadores) ven caer su rentabilidad y, por lo tanto, ven reducida su capacidad de persistir como capitales. En la región Sudamericana (ubicada en el límite inferior de la semi-periferia global) el desarrollo de las fuerzas productivas es relativamente bajo, de forma tal que las ramas industriales utilizan el tipo de cambio como medio de protección y creación de competitividad (capacidad de valorizarse y acumular en el mercado mundial). Complementariamente, las empresas locales poco competitivas recurren a la precarización del empleo como instrumento de competencia y valorización compensatorio (Marini, 2007; Féiz y Chena 2005 En Féiz 2014).

El autor se hace la siguiente pregunta: ¿por qué a pesar de la elevada rentabilidad global del capital local, la tasa de inversión se mantiene relativamente baja y por lo tanto la productividad no crece lo suficiente?

Este proceso se vincula al menos a dos fenómenos estructurales que la política neoindustrialista no ha considerado en profundidad. Por un lado, el peso del fenómeno de la renta extraordinaria hace innecesario para el capital la reinversión de una porción importante del plusvalor. Dado que la renta excedente resulta de las condiciones excepcionales de acceso y/o producción de alguna mercancía, la reproducción de la misma requiere sólo la reinversión de una fracción menor del ingreso extraordinario apropiado. Aumentar la tasa de inversión en las condiciones tecnológicas corrientes no permite aumentar significativamente la rentabilidad “normal” y por ello los capitales sólo reinvierten el monto necesario para garantizar las condiciones medias de operación de los emprendimientos que en esas condiciones siguen generando renta extraordinaria. De allí que una parte importante del plusvalor apropiado se oriente a otros usos improductivos y, en particular, a otros espacios de valor (Féiz 2014).

En segundo lugar, la preeminencia del gran capital transnacionalizado en la economía limita la autonomía material del ciclo del capital local (Marini 1979). La orientación global de las corporaciones las lleva a privilegiar su estrategia de expansión a escala internacional, derivando el plusvalor creado en cualquier espacio de valor e invirtiéndolo donde sea más conveniente en función de esa estrategia. En particular, en el último lustro la profundización de la crisis en el capitalismo en el centro, ha llevado a muchas

transnacionales a desviar una fracción importante de su rentabilidad hacia las casas matrices para compensar las pérdidas generadas allí y financiar su reestructuración (Féiz 2014).

¿Es posible salir de la trampa de la renta extraordinaria?

Como quedo plasmado en el apartado anterior, la existencia de fuentes de rentas extraordinarias genera una situación compleja y contradictoria. El caso de la Argentina en la última década es ilustrativo al respecto. Por un lado, la nueva base productiva construida a través del neoliberalismo busca con cierto éxito aprovechar el desarrollo de formas expoliadoras de explotación de las riquezas naturales, para hacer uso de la renta excedente en proyectos de desarrollo que garanticen simultáneamente un cierto desarrollo industrial primarizado (bajo control del capital transnacionalizado) junto a una redistribución social de una porción menor de esos recursos a los fines de la canalización socialmente productiva de la conflictividad (Féiz 2014).

Desmontar la trampa de los recursos naturales supone, para Féiz (2014), avanzar en varios frentes simultáneamente, la mayoría de los cuales están siendo discutidos desde los movimientos populares de la región y, en particular, en Argentina:

1. Avanzar en mecanismos de apropiación integral de la renta extraordinaria por parte del Estado, desprivatizando su utilización. Esto permitirá una utilización más racional socialmente, evitando su desvío hacia usos improductivos, la fuga de capitales y el consumo suntuario.
2. Suspender las concesiones de las mega-mineras transnacionales, federalizando pero socializando la gestión de los recursos del subsuelo (quitándolos del control unilateral de las provincias) y comenzar a definir una estrategia de utilización de las riquezas mineras que contemple las necesidades de la Madre Tierra y su aprovechamiento sin explotación para la satisfacción de las demandas populares.
3. Avanzar en un programa de reforma integral de la producción agropecuaria, que permita desplazar progresivamente la producción de Soja. Esto deberá incluir tanto mayor control sobre el uso de agrotóxicos, como el castigo impositivo a la producción de Soja y el incentivo al uso de formas cooperativas de gestión de la producción en el campo.
4. Reemplazar a las divisas provistas por la Soja supone fundamentalmente contener el uso indiscriminado de las mismas en consumo suntuario, insumos importados por las transnacionales y la fuga a través de mecanismos impositivos y por la vía de la deuda externa (Féiz 2014).

Por si no quedo claro hasta ahora, el sistema capitalista no es un régimen armonioso, cuyo propósito sea la satisfacción de las necesidades de sus ciudadanos, sino un régimen antagónico que consiste en asegurar ganancias a los capitalistas (Kalecki 1977 en Amico 2008). Su objetivo es la búsqueda de competitividad, definiendo políticas económicas que garanticen la ganancia empresaria y, sobre todo, los valores del capital: la competencia como medio de desarrollo, la producción por la producción misma, los costos y beneficios privados por sobre los intereses de la sociedad. En este contexto el ajuste es parte de la psicología del capital: crecer siempre y a toda costa, exprimiendo sin parar cada átomo de trabajo disponible. La crisis y el ajuste aparecen siempre como manifestación de las barreras que el desarrollo del capital encuentra y como instrumento para intentar su superación (Féiz 2012).

Ante esta situación estructural y coyuntural de la economía mundial, el escenario más probable es el de un largo periodo, una década o más largo, de lento crecimiento y acumulación de capital, salpicado por desaceleraciones del crecimiento y recesiones. Este escenario implicaría graves deterioros en las condiciones de vida de la mayoría de la población a escala mundial, con efectos relativos probablemente peores en los países centrales, y un peligroso escalamiento de la conflictividad internacional. Las respuestas y posibles salidas a esta situación dependen de la lucha de clases y de las luchas populares a escala planetaria (Camara Izquierdo 2012).

A modo de cierre

Alternativa de superación

Las crisis del neoliberalismo han dado lugar en América latina al surgimiento de un profundo debate sobre las alternativas para el desarrollo de los Pueblos en la región. En algunos países (como Venezuela, Bolivia o Ecuador) los movimientos populares lograron desplazar en buena medida a las burguesías locales del control del Estado y a partir de allí han comenzado a avanzar en el diseño de nuevas formas

de desarrollo socio-productivo (Thwaites Rey 2010 En Féliz 2012) con tendencia socialista. En nuestro país la crisis del programa neoliberal no le permitió al Pueblo desplazar a las clases dominantes y sólo significó la superación dialéctica del neoliberalismo por un nuevo proyecto con tendencia hegemónica: el neodesarrollismo (Féliz y López 2010 En Féliz 2012).

Frente a la macroeconomía del neodesarrollismo, los sectores populares vienen proponiendo desde hace tiempo los fundamentos de lo que podría ser una macroeconomía del pueblo trabajador. A partir de otros valores y partiendo de la necesidad de reproducir sus propias condiciones materiales de existencia, plantean los elementos de aquello que quieren para vivir bien (Féliz 2012).

Esas prácticas delimitan una economía política de los trabajadores y las trabajadoras que parte de ubicar como centro a las personas y sus relaciones no mediadas. De algún modo, se proponen construir un circuito cuyo punto de partida podría representarse como la inversión del ciclo del capital: proceso de producción del mundo cuyo eje es la reproducción de los seres humanos en nuevas condiciones ya no como medios sino como fines, y donde las mercancías y el dinero son sólo medios para tales objetivos. Una alternativa popular al programa del capital (hoy, una opción al neodesarrollismo) debería partir de estas prácticas y experiencias de lucha (Féliz 2012).

El autor desarrolla algunas líneas orientativas al respecto, enfocadas en la expansión de las condiciones de producción y reproducción de los trabajadores y las trabajadoras; las restricciones de los mecanismos de redistribución y los desafíos que presentan; así como también la necesidad de reorientar la política fiscal del Estado, hacia la creación de infraestructura social (no simplemente económica) atacando simultáneamente los déficits en servicios básicos y creando una demanda de fuerza de trabajo sostenida (Féliz 2012).

En los países del eje del Buen Vivir, la industrialización es vista como un componente elemental del proyecto transicional que busca crear capacidades productivas y técnicas que permitan avanzar en la satisfacción de las necesidades populares. En estos países, el desarrollismo busca ser radicalizado apuntando a superar sus límites dialécticamente, trascendiendo su impronta capitalista periférica (Féliz 2014)

Desde diferentes sectores organizados del pueblo trabajador (incluyendo sindicatos como la CTA, organizaciones sociales territoriales como los Movimientos de Trabajadores Desocupados, coordinaciones y articulaciones como la Coordinadora de Organizaciones y Movimientos Populares de la Argentina, movimientos eco-territoriales y campesinos como la Unión de Asambleas Ciudadanas y Movimiento Nacional Campesino Indígena, entre otras) en la última década se han venido esbozando propuestas que, como se analiza en Féliz (2010), incluyen centralmente:

1. La superación de la precarización laboral y de los límites salariales impuestos por el capital a través de la inflación y por el poder estatal mediante la política laboral;
2. La exigencia de cambios en las políticas sociales, buscando su universalización e integralidad para contrarrestar el patrón socialmente excluyente del neodesarrollismo;
3. El freno al saqueo de las riquezas naturales, tanto en lo que hace al proyecto de agricultura de monocultivo (en particular, de soja) como a la explotación sin límite de la riqueza mineral;
4. La construcción de una integración regional basada en la cooperación y solidaridad entre los Pueblos y no en la preeminencia de las empresas transnacionales que utilizan nuestra América como plataforma para la acumulación.

Este conjunto de propuestas constituyen los ejes de un programa de transformaciones progresivas con una orientación poscapitalista articulada en torno una radical reconceptualización de la economía política (Féliz y López 2012).

Al mismo tiempo, Massimo Modonesi y Maristella Svampa (2016) destacan “las resistencias y reacciones desde abajo hacia la reconfiguración del poder en clave hegemónica. Estas reacciones deben ser valoradas ya que, aún en su insuficiencia, son portadoras de rasgos antisistémicos en sí mismas y constituyen las reservas estratégicas del movimiento social latinoamericano. La hegemonía progresista latinoamericana ha sido tempranamente agrietada por la crítica al extractivismo, la cual ha venido enriqueciendo las gramáticas de lucha e incluso interpelando el discurso más clásico sobre el “poder

popular”. Así, desde organizaciones campesinas e indígenas (los “campesindios”, al decir de Armando Bartra), movimientos urbanos territoriales, nuevos movimientos socioambientales, en fin, colectivos culturales y asamblearios de todo tipo, se fue pergeñando una gramática política contestataria novedosa que apunta a la construcción de una narrativa emancipatoria, al compás de nuevos conceptos-horizonte: Bienes Comunes, Buen Vivir, Comunalidad, Posextractivismo, Ética del Cuidado, Democratización radical, entre otros” (La Izquierda Diario 10/08/16).

Dimensión ecológica

La naturaleza subordinada al mercado que promete solucionar con tecnología los problemas ambientales, es un lugar común entre el progresismo neodesarrollista y el neoliberalismo. Además de contemplar la dimensión social y económica, necesariamente debe incorporarse una dimensión ecológica al análisis, que incluya el papel de los recursos naturales bajo concepciones tales como Pachamama, Ñuke Mapu o territorios de vida. Las particularidades ecológicas de nuestra región no se repiten en ningún otro sitio, por ello cualquier análisis será incompleto sino se consideran esos aspectos.

Tampoco debe olvidarse que en el continente hay organizaciones ciudadanas y reflexiones que exploran alternativas mucho más sustanciales al no estar encasilladas exclusivamente con el valor de uso. El ejemplo más claro son los derechos de la Naturaleza en la Constitución de Ecuador, los que parten de reconocer a la Naturaleza como sujeto, y por lo tanto con valores propios.

Para romper ese cerco colonial, una mirada crítica en clave latinoamericana siempre debe estar anclada en las circunstancias nacionales y locales (tiene que ser enraizada), debe atender las implicancias ambientales (tiene que ser ecológica), obligatoriamente debe incorporar y dialogar con los pueblos originarios (tiene que ser intercultural), y debe alumbrar ideas y prácticas de alternativas al desarrollo (tiene que romper el cerco de la Modernidad) (Fundación Rosa de Luxemburgo 16/10/15).

Vía Campesina y GRAIN aporta los elementos necesarios para comprender como está impactando este sistema agroindustrial de alimentos en nuestro clima y al mismo tiempo cuenta cómo podemos actuar para cambiar el rumbo y comenzar a enfriar el planeta. “Desde el continente americano, Asia, Europa y África, venimos denunciando las falsas soluciones para el cambio climático que representan los cultivos transgénicos, la economía verde y la *agricultura climáticamente inteligente*. Nosotros decimos alto y fuerte: son los campesinos y campesinas, los pequeños y las pequeñas productoras quienes, juntos con los consumidores que escogen productos agroecológicos provenientes de mercados locales, quienes tienen la solución a la crisis climática” (Radio Mundo Real 10/08/16).

Entre 44 % y 57 % de todas las emisiones de gases con efecto de invernadero (GEI) provienen del sistema alimentario global (deforestación 15 a 18%, procesos agrícolas 11 a 15%, transporte 5 a 6%, procesamiento y empaques 8 a 10%, refrigeración y venta al menudeo 2 a 4% y desperdicio 3 a 4%). GRAIN propone cinco pasos para desarrollar la soberanía alimentaria: 1. Cuidar el suelo, 2. Cultivo natural, sin químicos, 3. Reducir el kilometraje y enfocarnos en alimentos frescos, 4. Restituirle la tierra a los campesinos y frenar las mega-granjas, y 5. No más falsas soluciones, vayamos a lo que sí funciona (2016).

Repensando el territorio

En el ámbito rural, la alternativa es pensar las prácticas agropecuarias desde otro lugar, poniendo como objetivo la seguridad y soberanía alimentaria, con eje en la agroecología bajo un modelo económico basado en el trabajo familiar y la economía social, donde el capital humano no sea solo una fuerza de trabajo mercantilizable y donde el fin último no sea el lucro sino el buen vivir.

El Buen Vivir como experiencia política supone independizarse del ciclo internacional del capital y superar la posición periférica que nos asignaron a los países latinoamericanos. Vivir bien es muy distinto a crecer y distribuir mejor, como sugiere la retórica nacional-popular neodesarrollista. Vivir bien requiere superar la primacía del valor de cambio y el vivir mejor (trabajar más, producir más, ganar más, consumir más), por una opción política que privilegie la producción para el valor de uso (Félix 2013).

Primero, es necesario desandar la estrategia de saqueo de las riquezas naturales, desmontando el monocultivo de soja, frenando la megaminería a cielo abierto y reencauzando la estrategia energética fuera de la explotación de hidrocarburos. Ese camino permitirá reducir el peso de la renta extraordinaria y el capital transnacional en el ciclo de reproducción del capital local, ampliando los incentivos para la

inversión productiva local, creando más posibilidades de empleo productivo y posibilidades de innovación socio-técnica. Por otra parte, el cese de la minería de exportación y una estrategia de producción de energía que supere la actual matriz energética (en lugar de reproducirla) permitirán comenzar a diseñar un programa de uso de los recursos del subsuelo adecuados a los ritmos de la naturaleza y las necesidades populares, desplazando la primacía del “saqueo para la exportación” (Féiz 2013).

Por otro lado, hay que recuperar valores. Mas no es sinónimo de mejor, hay que parar con el consumo desenfrenado, si se deterioran de manera grave los bienes comunes no es posible hablar de progreso. No hace falta vivir con muchas cosas, pero tampoco pretender la vuelta al primitivismo. Hay que poner en el centro de la reproducción al hombre y no al capital. Pensar a las personas como el fin y no como el medio. Cambiar la relación con la naturaleza, vencer el individualismo.

El trabajo puede ser autogestivo, está demostrado en la agricultura familiar que, además, rompe con la jerarquía, con el derecho a los despidos sin causa ¿Por qué tengo que trabajar para que se enriquezca otro? ¿Por qué todo tiene que ser una mercancía? Tenemos que buscar formas de gestionar los bienes comunes, no podemos privatizar y mercantilizar todo.

Hay que pensar una economía política del pueblo trabajador que priorice la reproducción de las condiciones materiales y simbólicas de vida de la clase que vive del trabajo y permite disputar la hegemonía del modo de desarrollo a las clases dominantes (Feliz y Lopez 2012).

La acumulación originaria fue un proceso violento que se marcó a fuego en el imaginario latinoamericano. Se vivió con la colonización y se repite ahora con el extractivismo. La paradoja que se planteó en la última década fue una expansión de los derechos sociales al mismo tiempo que se producía una destrucción de los territorios y los ecosistemas asociados. La cuestión es desde donde se debate el desarrollo y se problematiza el extractivismo, cuando Latinoamérica tiene una historia ligada a la exportación de naturaleza que comenzó hace 500 años con el oro y la plata de Potosí. El imaginario colectivo indica que de la explotación de los recursos naturales podremos acortar la brecha con el primer mundo, pero el tema ambiental ha sido siempre un punto ciego para los gobiernos, incluyendo a los progresistas, que han profundizado un modelo neocolonialista.

La socióloga Maristella Svampa habla del Consenso de los *commodities* y de la necesidad del lado del discurso dominante de obturar las alternativas. Ese pareciera ser el destino de los países latinoamericanos. Para “darle la vuelta a la tortilla”, es necesario salir del paradigma desarrollo - progreso que tensiona la relación desarrollo – naturaleza.

Hoy vivimos tiempos de cambios, una suerte de fin de ciclo de los *commodities*, por la caída del precio de los mismos a partir del 2013, sin embargo no se visualiza un cambio de modelo productivo. Por el contrario, se profundiza el extractivismo y la imposición de modelos de mal desarrollo, de injusticia ambiental, de saqueo y renta extraordinaria.

Nos imponen un modelo neocolonial con el que experimentamos una regresión de la democracia, pero estamos a tiempo de revertirlo dando el debate público sobre las alternativas de superación, reforma agraria, seguridad y soberanía alimentaria, agricultura de proximidad, agroecología, agricultura familiar, entre otros temas. Necesitamos políticas adecuadas y programas que desechen el actual sistema agroalimentario industrial y creen uno nuevo que en verdad sea sustentable, equitativo e inclusivo, demostrando que es posible generar un verdadero cambio revolucionario y emancipador para todo el pueblo trabajador.

Bibliografía

Amico, Fabian (2008). Argentina: Diferencias entre el actual modelo de dólar alto y la convertibilidad. En Investigación Económica, LXVII, 264, 63-93.

Camara Izquierdo, Sergio (2012). Auge y crisis neoliberal: un análisis marxista. www.marxismocritico.com

Cantamutto, F. J. (2012). Dinámica sociopolítica de la devaluación: alianzas, disputas y cambio, en Feliz, M. y otros: Mas allá del individuo. Clases sociales, transformaciones económicas y políticas estatales en la Argentina Contemporánea, pp. 45-78, Editorial El Colectivo, Buenos Aires.

Catoira, Patricia (2015). La urbanización sobre tierras productivas: el uso de la tierra para loteos inmobiliarios y las políticas de planificación territorial en el Alto Valle de Río Negro y Neuquén. PE Políticas Públicas, Modelos de Desarrollo y Gobernabilidad en los Territorios. Programa Nacional para el Desarrollo y la Sustentabilidad de los Territorios. INTA.

Feliz, M. y Lopez, E. (2012). Más allá del desarrollo capitalista en Argentina. Límites, posibilidades y alternativas. En Aceves, L. y Sotomayor, H. Volver al desarrollo o salir de él. Límites y potencialidades del cambio desde América latina, Benemérita Universidad de Puebla, México (en prensa).

Féiz, Mariano (2012). Sin clase. Neodesarrollismo y neoestructuralismo en Argentina (2002-2011). Século XXI: Revista de Ciencias Sociales, Vol 2 N° 2 p.09-43, Programa de Posgraduación en Ciencias Sociales del Centro de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Federal de Santa Maria (Brasil).

Féiz, Mariano (2013). Capitalismo posneoliberal y buen vivir en Argentina. ¿Cómo salir de la trampa neodesarrollista? Revista Herramienta, 53, nueva serie, Julio-Agosto, Buenos Aires.

Féiz, Mariano (2014). Renta extraordinaria e industrialización en el neodesarrollismo. Límites y alternativas. Argentina, 2003-2012. Revista Economía Ensaio, 29 (1), p. 7-24, Instituto de Economía, Universidad Federal de Uberlandia, Brasil.

GRAIN (2016). El gran robo del clima. Por qué el sistema agroalimentario es motor de la crisis climática y que podemos hacer al respecto. Itaca, Mexico.

Lopez, Emiliano (2012). Las clases dominantes en el nuevo modo de desarrollo argentino (2002-2009). Cambios y continuidades en sus aspectos materiales, en Feliz, M. y otros: Más allá del individuo. Clases sociales, transformaciones económicas y políticas estatales en la Argentina Contemporánea, pp. 79-102, Editorial El Colectivo, Buenos Aires.

Marini, Ruy Mauro (1996). Procesos y tendencias de la globalización capitalista. En Marini, Ruy Mauro y Milan, Margara (coord.), La teoría social latinoamericana, Cuestiones contemporáneas, Tomo IV, pp. 49-68, 2da edición año 2000, Universidad Nacional Autónoma de México, Ediciones El Caballito, México.

Ortiz, R. y Schorr, M (2007). La rearticulación del bloque de poder en la Argentina de la posconvertibilidad. Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. Año I, N°2, Buenos Aires.

Piva, Adrian (2015). Modo de acumulación de capital y dominación política, en Piva, A.: Economía y Política en la Argentina Kirchnerista, 19-74, Editorial Batalla de Ideas, Buenos Aires.

Rodil, Diego (2015). Avance de la frontera hidrocarbúrica sobre suelo productivo. Estación Fernández Oro, Alto Valle del Río Negro. VII Jornadas de la Asociación Argentino Uruguaya de Economía Ecológica. Neuquen capital. www.asauee2015.org

Shaikh, Anwar (2006). Valor, acumulación y crisis, pp. 64-72, Ediciones RyR, Buenos Aires.

Thwaites Rey, M. (1994). La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo. Acerca de las bases materiales del consenso, en Gramsci Mirando al Sur.

Varesi, Gastón Ángel (2013). Modelo de acumulación, dinámica política y clases sociales en la Argentina posconvertibilidad. En Grigera, J., compilador, Argentina después de la convertibilidad (2002-2011). Buenos Aires: Imago Mundi, 195-222.

Páginas web

Biodiversidadla.org(24/6/16)http://www.biodiversidadla.org/Principal/Secciones/Documentos/Argentina_la_restauracion_conservadora_el_TPP_y_el_modelo_agroexportador

Diario Río Negro (13/07/15) http://www.rionegro.com.ar/region/por-la-crisis-de-la-fruticultura-hay-4-000-ha-EBRN_7806514

Fundación Rosa de Luxemburgo (16/10/15) <http://rosaluxspb.org/es/la-necesidad-de-romper-con-un-colonialismo-simpatico/>

La Izquierda Diario (10/08/16) <http://www.laizquierdadiario.com/Luchas-sociales-y-horizontes-emancipatorios>

Página 12 (2/2/16) <http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-291611-2016-02-02.html>

Radio Mundo Real (10/08/16) <http://www.radiomundoreal.fm/9240-juntos-podemos-enfriar-el-planeta>